

Manuel Moreno Fraginals

ENTREVISTO

por Olga Cabrera e Isabel Ibarra

Fragmentos de una conversación interrumpida

Las historiadoras cubanas Olga Cabrera, actualmente becaria de post-doctorado en Madrid por CAPES, de Brasil, e Isabel Ibarra, becaria doctoranda de la Agencia Española de Cooperación Internacional, le hicieron una larga entrevista a Manuel Moreno Fraginals entre los días 8 y 16 de mayo de 1998, en Madrid, con vistas al homenaje de *Encuentro* al insigne historiador. La conversación fue tan extensa como interesante y resultó interrumpida cuando Fraginals terminó su estancia en esta ciudad; por razones de espacio nos vemos obligados a ofrecer sólo algunos fragmentos de la misma.

PREGUNTA: *¿Hubo algo en tu infancia que favoreció u obstaculizó tu vocación?*

RESPUESTA: Mi padre me ayudó mucho; él tenía la idea de que un hombre sin memoria podía fracasar fácilmente en la vida. Él mismo tenía una memoria de elefante; contaba, por ejemplo, que mi abuelo Manuel Lico Moreno era un gran improvisador, y que en la Nochebuena del año 1868 tenía una castaña en la mano e improvisó:

*¿Quién dijo que a la castaña
se le puede llamar fruta?
Sólo algún hijo de puta
que haya nacido en España.*

También se le atribuye a mi abuelo una décima preciosa, de mucho valor poético, dedicada a Eusebio Pueyo, un general del ejército español que era negro y que llegó a Cuba desde Santo Domingo. Dice así:

*¡Albricias, nuevo Pelayo!
Español carabalí.
Cuando te vayas de aquí
ojalá te parta un rayo.*

*No te sienta bien el sayo
de Gobernador, compadre,
y cuádrete o no te cuadre
al terminar esta plaza
vete a gobernar la casa
de la puta de tu madre.*

P.: ¿Qué te hizo dedicarte a la historia?

R.: Lo primero fue la presencia de mi padre, que era historia viva; segundo el ir descubriendo la gesta de mi familia, una gesta no en el sentido grandioso (...) Creo que hay belleza en las cosas innominadas, que cientos de esas pequeñas cosas van formando un poco la savia de la historia. En parte eso me llevó a ser historiador (...) Después, ya en la Universidad, me pasaba el día entero en la biblioteca. Además estaban algunos profesores... Herminio Portell Vilá, que tenía unas malas pulgas de todos los diablos, pero que ayudaba a los buenos alumnos. El viejo Elías Entralgo, muy buena persona. Roberto Agramonte, que pese a su pedantería y a su empaque de profesor de la Sorbona era un tipo estupendo; era un hombre muy gordo, la gente le decía «cara de nalga». (...) Además me convertí en un devorador de libros sin ninguna técnica, pero sencillamente eso es algo que te va formando, se va sedimentando en uno (...) En 1942 la Sociedad Colombista Panamericana convocó un premio —entonces se cumplía el noveno cincuentenario de la llegada de Colón—. Yo me entusiasmé enormemente y me dije «Ése premio me lo voy a llevar yo».

P.: ¿Lo ganaste?

R.: Sí, trabajé muchísimo y envié un texto: *Los viajes de Colón en aguas de Cuba*. Me acuerdo que quería saber el resultado, llamé por teléfono a Herminio Portell Vilá y me dijo: «Moreno, tú tienes el premio; es el trabajo más documentado, el mejor escrito, una prosa excelente». Bueno, me convertí en el héroe familiar.

P.: ¿Publicaste el trabajo?

R.: No, no quise publicarlo. Yo creo que la segunda parte del cuento sobre ese trabajo es más importante que la primera. Por aquel entonces llegó a Cuba un personaje para mí increíble y uno de los hombres que más influyó en mi vida, Silvio Zavala, el historiador mexicano. Zavala era yucateco, y el yucateco es un personaje con una gran calma, muy trabajador. Zavala es para mí una de las cumbres de la historia moderna; tiene una obra enorme, yo no sé cómo ha podido escribir tanto. Don Silvio nos da una conferencia en la Universidad y después nos dice: «Se ha fundado el Colegio de México» (...) Ya a mí se me metió en la cabeza ir al Colegio de México y esta idea se me renueva en una segunda visita de Don Silvio en el año 44. (...) No había vuelos porque era el final de la II Guerra Mundial; los aviones estaban muy espaciados, había que hacer una cola de tres o de cinco meses para ir a México en avión. Salía un barco llamado *Emancipación* y me acuerdo que fuimos varios; el escultor Lozano, el pintor Arche, José Antonio

Portuondo, Leovigildo González... Salimos de Cuba 150 personas en un barco que tenía 2 camarotes. Al fin llegamos a México y entonces me dije: «Ya estoy aquí, ahora al Colegio de México».

P.: ¿Tenías una beca?

R.: No, yo no tenía beca ni un carajo.

P.: ¿Ibas a buscártela allí?

R.: Sí. Me fui al Colegio de México y dije: «Aquí estoy». Y me dijeron: «Ah, bueno, ahí está, pero usted no tiene beca. Así que adiós». Entonces pasé las de Caín. Hasta que un día me llamó Don Silvio Zavala y me dijo: «He hablado su asunto aquí y están dispuestos a darle media beca. Los estudios duran cuatro años; esa media beca se le da con la condición de que usted los haga en dos». (...) Pasé dos años en el Colegio, el tercero y el cuarto, saqué todas las asignaturas correspondientes a esos años y al mismo tiempo las que correspondían a primero y segundo. Hay una cosa de Silvio Zavala que nunca podré olvidar. Un día me dice: «¿Qué ha escrito usted?, ¿qué ha hecho?» Y yo, con mucho orgullo, le presento *El viaje de Colón en aguas de Cuba*, con el que había ganado aquel premio, ¿te acuerdas? Nunca olvidaré que una semana después volví a ver al viejo Zavala —que entonces todavía era joven—; él miraba mi libro con cierta displicencia y me dijo: «Las citas están muy mal hechas; además cita usted libros de segunda categoría con los que no se trabaja».

P.: ¿Te desbarató el libro?

R.: Totalmente. Me desbarató totalmente el libro que otros habían calificado de obra maestra y que además me había dado fuerzas para ser historiador. Me acuerdo que al final de aquella conversación yo me quería defender por lo menos en algo, otros me habían dicho que el libro estaba muy bien escrito, y voy y le pregunto a Don Silvio qué opinaba sobre el estilo del libro. Todavía me acuerdo de su respuesta: «¡Está muy mal escrito! ¡Usted no tiene idea de cómo se escribe en español! ¡Tiene que aprender a redactar!» Por eso nunca publiqué ese libro. Me convencí de que estaba muy mal escrito y además del daño que hacen los profesores diciéndoles a los alumnos que un trabajo malo está bueno.

P.: ¿Y cómo hiciste para aprender a escribir?

R.: Escribir. A escribir sólo se aprende escribiendo.

P.: Después de México viniste a España; ¿en qué año?

R.: Vine en diciembre del 47, estuve todo el 48 y regresé a Cuba en el 49.

P.: ¿Qué te aportó España?

R.: Bueno, España me ha aportado varias cosas en dos formas totalmente distintas. Primero, yo logré parte de mi formación con españoles exiliados en México; estudié en el Colegio de México que es una derivación de la Casa de España. Allí pude trabajar con algunas de las figuras intelectuales más grandes de España; por ejemplo Medina Echevarría o Don Agustín María Villares Cardo, uno de los mejores latinistas que ha dado España. Después, aquí en la península, es curioso, mi relación no fue con historiadores sino con el magnífico grupo de literatos que frecuentaba el Café Gijón. Recuer-

do las tres obras que más se discutían en España en aquellos momentos. *Nada*, la novela de Carmen Laforet; una colección de poemas reunidos bajo el título de *Cuando ya no hay remedio*; y la novela *Tiempo de silencio*, de Luis Martín Santos. Fui amigo de Buero Vallejo, de Camilo José Cela y de otros, en el café Gijón que está frente a la Biblioteca Nacional, donde yo investigaba (...) Aprendí mucho y creo que me vino bien unirme con gentes que estaba un poco fuera de la historia como disciplina profesional. Me acostumbraron a algo que no sé si es un defecto o una virtud, que es trabajar la Historia no sólo con historiadores sino buscando otra dimensión en poetas, políticos y novelistas...

- P.:** *Y después, ¿qué fue de tu vida? Hay una etapa en que te dedicaste a otras cosas. Esas otras cosas que tuviste que hacer para ganarte la vida, ¿afectaron o contribuyeron a tu formación?*
- R.:** Mira, ¿cómo se forma un muchacho en Cuba? Le gusta la historia y comienza a leer un libro y a tratar de poner en orden todo. Pero, historiadores en Cuba que dejen plasmado un pensamiento teórico, ¿quiénes son? Prácticamente no existen. Me refiero a una forma de pensar la historia. Entonces, ¿qué hacía uno? Cogía datos, los separaba en historia social, económica, política, en historia geocultural, que es la división más típica y la más fatal para entender la historia. Lo que hacen esas divisiones es romper la posible continuidad del pensamiento, y dejar viva sólo la continuidad más fácil, la cronológica. En el Colegio de México me rompieron un poco ese esquema y comencé a estudiar economía. Recuerdo que después de crearme marxista cayó en mis manos *La decadencia de Occidente*, de Spengler. Te confieso que es uno de los libros que me ha dejado sin dormir, he amanecido con ese libro en las manos, como después pasé días enteros leyendo la famosa revista francesa *Les Annales*, donde venía otro mundo teórico (...) Las matemáticas me abrieron un camino que yo de ninguna forma pensaba que estaba abriéndose para la historia. Después de regresar a Cuba me fui a Venezuela y trabajé en la cervecería Caracas y luego de agente publicitario y creé mi propia agencia. Hacíamos investigaciones sociales, estudios de mercado, y sin las matemáticas no hay forma de hacer esas cosas. Te puedo decir que durante mis primeros cuatro años en Venezuela tuve el ritmo de lectura más fabuloso de toda mi vida, muy parecido al que tuve cuando estuve en España. Leía libros de economía, de ciencias sociales, de investigación social, de test, etc.... Entre el 54 y el 57 leí y «tarjeté» decenas y decenas de libros que aparentemente no tenían que ver con la historia. Además me vi obligado a enredarme en cosas concretas, a trabajar con personal, con programas de ventas, con el funcionamiento de una planta (...) En el 59 regreso a Cuba y poco después decido escribir *El ingenio*, pero escribirlo a base de la experiencia ganada en una realidad económica que fue para mí un gran aprendizaje. Me metí de cabeza en *El ingenio* no sólo buscando los libros que se habían escrito sobre ingenios azucareros. Quise saber, por ejemplo, cómo era la contabilidad en los ingenios y encontré cerca de quinientos libros de contabilidad de ingenios que para mí fueron valiosísimos. Les apli-

qué matemáticas, estadística, y decidí una cosa más fuerte. Senté a mi padre delante de mí y le dije: «Vamos a hablar del ingenio, papá». Él había sido administrador del *Baraguá*, del *Jatibonico*, y cogió una hoja de papel de contabilidad y se puso a explicar: «Estos eran los gastos; en esto era en lo que hacíamos trampas» (...) Empecé a buscar a los viejos técnicos de los ingenios y con ellos obtuve cada vez mayor información...

P.: ¿Publicaste la primera parte de *El ingenio* en 1964, ¿cómo fue ese proceso?

R.: Había un señor, Corrales, que estaba de Jefe de la Comisión Nacional Cubana de la UNESCO. Su secretaria era amiga mía y me dijo: «Mañana te van a decir que tienes que entregarle el original a Julio Le Riverand y a Sergio Aguirre para que decidan si el libro se publica». Bueno, había un administrador de imprenta, Efraín, un mulato buenísimo, que era amigo mío. Me fui a verlo y le dije: «Necesito que esto se publique lo más rápidamente posible». Entonces Efraín, que me estaba muy agradecido por razones personales, me dijo: «Se va a meter en imprenta ahora mismo»... A la semana estaba montado; se hicieron las pruebas de plana y yo empecé a revisarlo, le inventé un pretexto a Corrales y no fui a verlo hasta una semana después, cuando ya el libro estaba prácticamente impreso. Corrales me dijo: «Moreno, necesito que me traigas urgentemente *El ingenio* porque tienen que verlo. No queremos que haya ningún problema». Después la historia es larga, presionaron y se prohibió la circulación del libro; decían que decía cosas en contra de la revolución, lo mismo de siempre. Mientras tanto yo estaba ayudando en unas cosas de matemáticas en el Banco Nacional a Salvador Vilaseca, que en esos momentos era segundo de Che Guevara. Y le dije: «Mira, Salvador, hazle llegar este libro al Che». Y es entonces cuando el Che me escribe la famosa carta de elogio (...) Olga, entonces yo tuve una venganza estúpida, pero que me divirtió muchísimo. Un día estoy con Corrales y su secretaria me dice: «Moreno, esta llamada es para ti, es muy importante, ¿puedes atenderla ahora?» Era el Comandante Guevara. Fue mi segunda o tercera conversación con él. El Che me dijo: «El libro es estupendo», y me pregunta que si puede repartir trescientos ejemplares entre los azucareros cubanos. Y yo digo: «Corrales, ¿puedes disponer de trescientos ejemplares de *El ingenio*?» Y Corrales: «Olvídate, ese libro no existe». Y yo: «Me lo están pidiendo». Y Corrales: «Pues diles que se vayan al carajo». Y yo: «El que está al teléfono es el comandante Che Guevara, ¿le digo que tú dices que se vaya al carajo?» Él no quería crearme y le dije: «Habla tú para que veas». Corrales cogió el teléfono, supongo que el Che se identificó, y me acuerdo de que lo único que Corrales decía era: «Sí, comandante; sí, comandante».

P.: ¿*El ingenio* es la obra con la que más te identificas?

R.: Sí, creo que es la obra con la que más me identifico; aunque siento más cerca de mí como visión general al último libro, *Cuba / España. España / Cuba: una historia común*.

P.: Háblanos de tus últimos libros.

R.: Después de los tres tomos de *El ingenio* hay un libro del que fui editor y lo hice con mucho cariño, *África en América Latina*, que contó con una serie

de colaboradores importante tales como, por ejemplo, Germán Cámara Dámara y Theotonio Dos Santos. Más tarde organicé con un grupo de amigos de la Universidad de Columbia un gran coloquio: *Del esclavo al obrero asalariado en el Caribe*, en el que participaron Sidney Mintz, Herbert Klein y Rebecca Scott, entre otros distinguidos historiadores, y que la Universidad de Baltimore publicó en forma de libro. Más tarde publiqué *El ejército español como vía emigratoria* y *Cuba a través de su moneda*. Uno de mis grandes hobbies es la numismática y esa obra es una especie de historia social cubana en la que tomo a la moneda como motivo para enlazar los acontecimientos. Mi último trabajo, en realidad espero que sea el penúltimo, es el ya mencionado sobre la historia común de Cuba y España. Ahora me doy cuenta de que no hemos hablado del primero, *Visiones cubanas en archivos europeos* publicado por el Instituto Hispanoamericano de Geografía e Historia en 1953. Además tengo un montón de folletos y también ensayos publicados en revistas de historia francesas, españolas, norteamericanas, brasileñas, argentinas, mexicanas, etc.

- P.:** Si fueras a hacer una selección, ¿cuáles de esos folletos publicarías de nuevo?
- R.:** Publicaría Agustín Itúrbide, caudillo, escrito en México bajo la dirección del gran novelista Agustín Yáñez; un trabajo sobre Anselmo Suárez y Romero que incluye un índice detallado de los manuscritos y una bibliografía, además de un estudio sobre el personaje que me parece esencial para interpretar la vida cubana. Quizá publicaría también un folleto que escribí sobre la esclavitud, y especialmente otro texto, *Veinte puntos sobre la historia de Cuba*, publicado originalmente en la *Revista de la Universidad de La Habana*, que según el historiador cubano Jorge Ibarra es lo mejor que he escrito.
- P.:** Estamos hablando de una visión antológica, como historiador y como persona, ¿qué no volverías a hacer?
- R.:** No demorarme tanto en sacar los títulos universitarios como patente de corso para entrar al mundo académico.
- P.:** ¿Qué otras cosas no repetirías?
- R.:** No repetiría, por ejemplo, ciertos errores políticos. La primera traducción al inglés de *El ingenio* fue un compromiso hecho por el Instituto Cubano del Libro con una editorial de gente muy buena pero de segunda categoría aunque, por supuesto, superizquierdista. En aquellos momentos la Universidad de Yale me lo estaba pidiendo y lo iba a prologar Sidney Mintz. Yo perdí una oportunidad y aunque creo que *El ingenio* tuvo siempre una magnífica acogida, pienso también que hubiera caminado mucho mejor que como lo hizo por haber sido dado a conocer en un medio que no era el más notable desde el punto de vista académico en Estados Unidos. También estuve menos tiempo en la Universidad de Columbia del que pude haber estado; después que llegué me sentí muy contento pero ya había renunciado a un largo contrato. Y cuando tuve el pulso exacto de lo que era la Universidad de Columbia ya era demasiado tarde. Algo parecido me sucedió en el Wilson Center. En estas decisiones había casi siempre una cosa medio política y un cierto temor a un enfrentamiento cultural con el

régimen cubano. No por mí, que nunca he tenido ese miedo, sino por mis hijos, que entonces eran todos pequeños, menores de edad, y yo temía que no me los dejaran sacar de Cuba. No sé, creo que mi manera desordenada de estudiar fue para mí sumamente ventajosa; fui un lector desesperado de novelas y poesías desde que tenía doce años. Creo que eso me vino sumamente bien. Creo que hay ciertos novelistas que más que novelistas son ensayistas, y creo que la poesía, la gran poesía, la poesía al más alto nivel es una fuente histórica realmente insuperable. No me avergüenzo de ninguno de mis escritos, ni siquiera de aquéllos con relación a los cuales estoy en contra hoy en día, porque fueron hechos con una gran sinceridad y con el máximo de estudio que pude ponerles. Creo que cuando uno ha sido sincero y ha puesto todo su esfuerzo intelectual en una obra no tiene por qué avergonzarse de ella. Creo que tengo en el pasado, en ciertas obras, un marxismo mal entendido, aunque no me he movido, como otros, de la posición marxista a la posición antimarxista. Pero creo que este marxismo un poco de manuales es muy negativo y además no tiene nada que ver con el propio Marx. Y si me preguntaran cuáles son las obras que más profundamente me impactaron yo mencionaría obras totalmente distintas e incluso contrarias en su pensamiento teórico. Estudié *El Capital* con su gran traductor, el español Wenceslao Roses, que estaba por entonces trabajando con el Fondo de Cultura Económica de México. Sin embargo, creo que en un momento dado tuve a Marx, como todos los jóvenes, más allá de su punto real. Me curó un poco una obra que ya cité en esta entrevista, *La decadencia de Occidente*, hoy a la gente le da un poco de vergüenza nombrarla, pero yo creo que contiene algunas de las páginas más bellas que jamás se han escrito.

P.: *Entre otras cosas trajo para América Latina la preocupación de problematizar a partir de sí misma.*

R.: Es que ese ir hacia la filosofía de la historia tiene que estar respaldado en un proceso de investigación de fuentes históricas concretas, en búsqueda de una verdad parcial en cualquier lugar, en cualquier tiempo. Creo, por ejemplo, que aplicarles esquemas a las guerras cubanas —a la misma guerra del 98— sólo sirve para disminuir la propia historia de Cuba. Uno se asombra de cómo se trata de escribir una historia de Cuba y se pierde la sensación de esa extraordinaria burguesía cubana de la primera mitad del siglo XIX; a veces ni siquiera se les menciona. Otro ejemplo, es necesario entender la historia de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos sin extremismos, sin odios, sin rencillas personales, que no sea una historia de buenos y malos, de patriotas y antipatriotas. Sencillamente hay que entender a la gente. Odio la postura del historiador juez; los historiadores no somos nadie para juzgar a los demás a través del tiempo. Creo que nuestra misión es tratar de entender ese pasado que se nos va entre las manos. Creo que es necesario el estudio de la familia, del día a día, del gran papel de la familia en la institucionalización de un pueblo. Me parece horrendo que los libros no hablen de las mujeres. Uno, con la mujer, tiene que tener un trato igual y desigual.

- P.:** *Diferente mejor que igual / desigual.*
- R.:** Mujeres y hombres tienen la misma calidad, la misma fuerza, el mismo entendimiento de los problemas. Pero los van a ver como un paisaje que se domina desde dos cumbres distintas; y entonces ese paisaje tiene que ser en parte igual y en parte distinto para ambos. Por ejemplo, el otro día te di las cifras estadísticas de un estudio parcial de mujeres criollas casadas con soldados y oficiales españoles en los años anteriores a la Guerra de Independencia. Sin entender esos matrimonios, esa vida común, donde el hombre tiene una posición y la mujer tiene otra y otro sentimiento patrio, es difícil entender nada; eso debió haber sido tremendo en la Guerra de Independencia. Quizá el siglo XXI pueda traernos una nueva visión de la historia no pensada en términos de hombres o de mujeres, sino que incluya esa doble visión que se diferencia tanto y que sin embargo tantos puntos comunes cubre.
- P.:** *Vamos a volver a tu relación con la literatura, con la novelística. ¿Qué autores cubanos son los que más te interesan en el siglo XIX, por ejemplo?*
- R.:** Cirilo Villaverde tiene una cámara fotográfica en la mirada; creo que en eso se parece a Anselmo Suárez y Romero. Son capaces de fotografiar una situación con una justeza tremenda, con un valor gráfico increíble, aunque no la entiendan, digamos, en profundidad. El fotógrafo no entiende la fotografía (...) Los grandes novelistas cubanos del XIX son pocos pero supieron ver esa realidad del siglo pasado; sin embargo no eran psicólogos ni psiquiatras y se quedaron en el apunte, en la fotografía. O sea, ver la fotografía de un crimen no significa necesariamente saber quién es el culpable ni cuál es el móvil, y sin embargo la fotografía es exacta.
- P.:** *¿Y si se habla de lecturas hispanoamericanas, digamos de literatura universal latinoamericana? ¿A quién mencionarías?*
- R.:** Uno de mis primeros ensayos fue un análisis de tres obras que leí en el mismo año y que pudiera decir sin exageración que me traumatizaron: *Radiografía de la pampa*, de Ezequiel Martínez Estrada; *Casa Grande y Senzala*, de Gilberto Freire, y *Contrapunteo del tabaco y el azúcar*, de Fernando Ortiz. (...) A mí me gusta el libro que hace pensar, aunque no sea totalmente cierto, aunque a veces cometa errores. Por ejemplo, todo lo que dice Don Fernando de la cubanía del tabaco es en realidad al revés, hay que hablar de la cubanía del azúcar. El tabaco siempre fue español.
- P.:** *El tabaquero era cubano.*
- R.:** Me refiero a los dueños, a las posiciones con respecto a Cuba, independientemente de que los obreros fueran cubanos. También hubo muchos canarios (...) En cuanto a fuentes e influencias, a veces hay gente que tiene como un sentido histórico, un sentido del tiempo. En cierta ocasión le di las gracias en un libro a un viejo de 90 años que conocí sentado en la escalinata exterior de la Catedral de La Habana. Yo me sentaba ahí y al lado mío se sentaba un negro llamado Wenceslao, que había sido esclavo. Pues bien, Wenceslao contaba cosas de una Habana Vieja vistas desde el punto más bajo de la escala social, y eso me ha quedado impreso en la mente toda la vida.